

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Investigaciones sociales sobre la política contemporánea.
Entre el trabajo empírico y las grandes preguntas teóricas
de la sociología política

Federico Lorenc Valcarce y Gabriel Vommaro 7

PRIMERA PARTE. CIUDADANÍAS POLÍTICAS

Capítulo 1. Disposiciones, contextos e igualdad política

Daniel Gaxie 17

Capítulo 2. El análisis del voto: problemas teóricos y
metodológicos

Patrick Lehinque 47

Capítulo 3. Las bases sociales de la politización: interés por
la política y prácticas de participación en Argentina y Chile

Alfredo Joignant y Federico Lorenc Valcarce 67

Capítulo 4. ¿Relaciones clientelares o politización? Para
superar algunos límites de los estudios sobre el clientelismo

Hélène Combes y Gabriel Vommaro 93

Capítulo 5. Formas emergentes de ciudadanía plebeya: prác-
ticas éticas cotidianas en la feria de La Salada, Buenos Aires

Carlos Forment 115

SEGUNDA PARTE. ORGANIZACIONES

PARTIDARIAS

Capítulo 6. Los partidos como empresas culturales

Frédéric Sawicki 147

Capítulo 7. Peronismo y democracia: un caso de transfor-
mación partidaria, 1983-2001

Marcela Ferrari 167

TERCERA PARTE. ESTADO Y POLÍTICAS
PÚBLICAS

Capítulo 8. La acción estatal en plural: ministerios, racionalidades y desafíos de gobierno en la Argentina democrática
Mariana Gené, Mariana Heredia y Luisina Perelmiter 203

Capítulo 9. La ruptura con el pensamiento de Estado como premisa para el análisis sociológico de la acción pública: cómo el mapa escolar se convirtió en un instrumento para impedir la mixidad social en Francia
Lorenzo Barrault-Stella 235

SOBRE LOS AUTORES 257

CAPÍTULO 7

Peronismo y democracia. Un caso de transformación partidaria, 1983-2001

Marcela Ferrari

Al producirse la recuperación democrática en Argentina, el triunfo de la Unión Cívica Radical (UCR) puso en cuestión la afirmación de que el peronismo era imbatible en elecciones libres de toda proscripción. Sin embargo, el balance de más de treinta años de vida institucional continua y pautada al ritmo de sucesivas elecciones parece devolverle credibilidad a aquella aseveración: el Partido Justicialista (PJ), en sus diferentes variantes e integrando frentes político-partidarios, ocupó el poder ejecutivo nacional durante más de veinticuatro años. Por esa razón ha sido identificado desde distintas perspectivas como partido predominante (Malamud, 2005), partido hegemónico (Gallo, 2007), partido de poder (Gibson, 2014) y hasta como un sistema político en sí mismo (Torre, 1999).

En la provincia de Buenos Aires, el primer estado argentino si se tienen en cuenta su número de habitantes y su gravitación en la economía nacional, la tendencia se acentúa. Al iniciarse la apertura democrática allí se aglutinaba más del 30% del padrón nacional y del padrón partidario nutrido en gran medida por las bases sindicales procedentes de la concentración industrial radicada en su populoso conurbano. Ese territorio que rodea a la capital de la República es decisivo para ganar elecciones porque de allí procede más del 60% del electorado bonaerense¹. La provincia es el bastión del peronismo na-

1 En 1983, la provincia de Buenos Aires se encontraba dividida en 124 jurisdicciones territoriales, denominadas “partidos”. El conurbano bonaerense, cinturón territorial de la provincia que rodea a la actual Ciudad Autónoma de Buenos Aires, estaba integrado entonces por 19 partidos, que concentraban el 60,3% del electorado provincial, equivalente a un 22% del electorado nacional (Maronese, Cafiero y Waisman, 1985: 93) A su vez, a fin de elegir legisladores provinciales, la provincia de

cional. El PJ perdió las elecciones de 1983, pero desde 1987 –hasta 2015– nunca abandonó el poder ejecutivo provincial, que convivió con mayorías cambiantes en las cámaras legislativas y con una distribución bipartidista en los municipios (Rotman y Varetto, 2012: 92-105). El voto bonaerense apoyó a cada uno de los presidentes que se sucedieron desde el retorno democrático y desde entonces tres gobernadores provinciales de origen peronista alcanzaron esa posición después de desempeñarse como vicepresidentes de la República, algo que fue considerado una promoción en sus carreras políticas (Rotman y Varetto, 2012). De manera que la provincia resulta un buen punto de mira para buscar algunas pistas acerca del porqué del predominio de esta fuerza política en Argentina desde una dimensión político-partidaria durante el período comprendido entre la apertura democrática de 1982 y la crisis de 2001, cuando el país enfrentó una debacle económico-social que derivó en la mayor impugnación a la representación política en democracia².

Las causas de esa permanencia son sin duda complejas y remiten a diferentes motivos. Por cierto, en ella incidieron situaciones exógenas a las político-partidarias. A la salida de la dictadura las enormes expectativas con que los actores sociales y políticos esperaban satisfacer sus demandas postergadas por el régimen militar en el corto plazo fueron mejor interpretadas por el radicalismo, en especial por su candidato presidencial, Raúl Alfonsín, cuyo triunfo en las elecciones que inauguraron la reconstrucción institucional arrastró el de la UCR en la provincia. En ese contexto de ilusión democrática (Romero, 2006) el gobierno enfrentó múltiples desafíos en materia de presiones corporativas (sindicales y militares); también dificultades económicas que,

Buenos Aires se divide en ocho secciones electorales; los partidos del conurbano sumados a otros están integrados en las secciones electorales 1ª y 3ª, de las que procedía el 65% del padrón provincial. Cf. Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Estadística, Subsecretaría de Hacienda (www.ec.gba.gov.ar/Estadistica). Ese porcentaje se mantiene, prácticamente, constante.

2 Se reconoce que la situación bonaerense no puede ser generalizada *stricto sensu* al conjunto de la nación, entre otras razones porque las organizaciones partidarias argentinas se construyeron sobre la base del sistema federal de gobierno. De esa manera el PJ tiene autoridades nacionales, pero en cada provincia se organiza como un partido nacional de distrito, es decir, autónomamente (Mustapic, 2002).

sumadas a la estanflación y a una fuerte presión de la deuda externa, obligaron a la UCR a reformular el rumbo sin mayores éxitos en el control de las variables de la economía. El humor político se tornó desfavorable para el partido de gobierno y el electorado encontró una alternativa en un peronismo renovado, lo que se reflejó en el cambio de signo partidario de las mayorías parlamentarias y en los gobiernos provinciales, entre otros el de Buenos Aires, ya en 1987³. La hiperinflación desencadenada dos años después acentuó la desilusión con la UCR y su correlato fue la llegada del PJ a la presidencia de la nación.

A la sombra de aquella experiencia extrema, Carlos Menem se encontró habilitado por un nuevo consenso de *fuite en avance* (Palermo y Novaro, 1996) para llevar a cabo reformas estructurales de mercado y ligar el valor del peso a la par del dólar, mediante el plan de convertibilidad de la moneda. Los éxitos iniciales en materia de control de la inflación y el logro de la ansiada estabilidad, contribuyeron a consolidar el predominio peronista en la nación y la provincia, que desde 1991 fue gobernada por el hasta entonces vicepresidente Eduardo Duhalde. Además, facilitaron sendas reformas constitucionales y habilitaron las reelecciones de 1995. En el mediano plazo, la aplicación de medidas neoliberales, las privatizaciones de las empresas del Estado, la expulsión de trabajadores del mercado de trabajo, acentuaron la fragmentación social, la desindustrialización, la desindustrialización. El PJ se adaptó a esas transformaciones poniendo en marcha una maquinaria clientelar que generó adhesiones territoriales que, de acuerdo con algunas interpretaciones, sustituyeron con éxito la pérdida de sus tradicionales bases sindicales del partido (Auyero, 2001; Levitsky, 2005). Con todo, no pudo evitar la emergencia de la protesta social encarnada principalmente por los llamados nuevos movimientos sociales nutridos por cada vez más trabajadores desocupados. El descontento social agravado por claros signos de corrupción gubernamental, se tradujo en los resultados electorales de 1997 y 1999, cuando la oposición organizada en la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación –una coalición formada por la UCR y por un frente de centro izquierda que crecía desde 1995, el FREPASO– disputó la presiden-

3 En ese año la UCR solo retuvo las gobernaciones de Córdoba y Río Negro.

cia de la nación al peronismo con una propuesta que suponía *grosso modo* conservar el rumbo económico, satisfacer las demandas básicas de la población contenidas en su propia denominación y, en especial, combatir la corrupción.

La Alianza ganó la presidencia y el PJ retuvo el poder ejecutivo en la provincia de Buenos Aires en virtud de articulaciones oportunas con fuerzas minoritarias, aunque su caudal de votos disminuyó sensiblemente. Pero el gobierno de la Alianza no pudo superar dos problemas graves: él mismo recayó en prácticas corruptas y fue incapaz de detener el deterioro económico y social que desembocó en los estallidos sociales de diciembre de 2001, donde confluyeron componentes de los sectores populares pauperizados a lo largo de una década y de las clases medias afectadas en sus ahorros y su nivel de vida (Gordillo, 2010). El presidente Fernando de la Rúa renunció en medio de la más fuerte crisis general y de representación política por la que atravesó el país en democracia.

La acefalía generada –dado que el vicepresidente había renunciado un año antes– provocó una sucesión de mandatarios hasta que el entonces diputado nacional Eduardo Duhalde, ex vicepresidente y ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, que había sido derrotado en 1999 pero conservaba gran apoyo territorial en su distrito y entre los gobernadores peronistas, fue designado presidente de la nación por consenso de la asamblea parlamentaria hasta finalizar el mandato iniciado en 1999. También en la provincia renunció su gobernador, nunca demasiado comprometido con el distrito, y el vicegobernador ocupó su cargo. Felipe Solá fue un “piloto de tormentas” y, completado ese mandato, fue electo gobernador en 2003.

La síntesis precedente permite comprender en parte el predominio ejercido por el peronismo desde 1987. Pero, dado que aquí se reivindica que la política no es un mero epifenómeno de lo ocurrido en las dimensiones socioeconómicas sino que se desenvuelve a partir de sus propias reglas, se explorará ese proceso desde el enfoque que considera la autonomía de la política, en perspectiva histórica. Este trabajo procura inscribirse en una nutrida vertiente de investigaciones que identifican la clave de la permanencia del peronismo en sus sucesivas transformaciones. Algunas de ellas ponderan la informalidad, la flexibilidad y la falta de rutinización organizativas como las

precondiciones que permitieron al PJ dejar de ser un partido de base sindical y suplantarlo la adhesión de las organizaciones obreras por la de una maquinaria clientelar de fuerte anclaje territorial que le permitió adaptarse exitosamente a los cambios estructurales que atravesó la Argentina (Auyero, 2001; Levitsky, 2005; Mustapic, 2002); otras derivan su permanencia en el poder a partir del recambio de sus élites dirigentes aunque esto no signifique, necesariamente, un cambio de las bases de poder (Calvo, 2013), o bien lo explican a partir del pragmatismo sostenido por el peronismo en “su implacable competencia por el poder, su potencia innovadora y su ‘astucia histórica’” (Novaro, 2014: 21).

Cerca de estas últimas interpretaciones, aquí se procura contribuir a explicar las transformaciones internas que permiten comprender la permanencia del peronismo a la luz de dos cuestiones: la sucesión de los elencos políticos que condujeron el peronismo bonaerense y el tipo de relaciones establecidas entre los adversarios internos de la compleja configuración peronista. En especial, el análisis coloca el foco en el perfil y el modo de conducción de quienes fueron los principales protagonistas de la política partidaria de esas dos décadas, en virtud de que la personalización es una de las principales características de largo plazo de la cultura política argentina, tanto más en un partido cuyo lema es “el que gana conduce y el que pierde acompaña”.

Algunas investigaciones anteriores (Ferrari, 2009, 2012, 2013) permitieron observar una importante circulación de dirigentes que habría sido posible debido a la diversidad de los cuadros dirigentes de esta fuerza que abarca un espacio extendido de la izquierda a la derecha del arco ideológico y de abajo a arriba del espectro social (Ostiguy, 1996). Aquí se sostiene que dicha circulación habría posibilitado una sucesión de dirigencias (denominadas ortodoxas, renovadoras y duhaldistas)⁴ que, como correlato, habrían introducido cambios en los vínculos establecidos con el adversario interno. Las dos primeras corrientes que a poco de comenzar la recuperación democrática se disputaron si el PJ debía ser controlado por la rama sindical del

⁴ Siguiendo a Pierre Bourdieu (1980) se ha optado por emplear categorías de la práctica, es decir, tomadas de la experiencia social cotidiana de los propios agentes; su significado se dará a conocer en el texto.

Movimiento Nacional Justicialista (MNJ) o por la rama partidaria, diferían en composición, discurso y prácticas. Sin embargo, habrían procesado sus conflictos y tensiones de manera similar: mediante la denegación mutua de legitimidad y la exclusión del adversario –en este caso, interno–, otra vieja característica de la cultura política argentina (Halperín Donghi, 1994). Por darse dentro del marco de la organización política este enfrentamiento era claramente superador del de comienzos de los años setenta, que solía resolverse hartamente a través del uso de las armas. Aun así, habría imposibilitado la consolidación de una conducción del partido a lo largo de los años ochenta. La tercera capa de dirigentes, que nació como una síntesis de las anteriores, se habría gestado de modo diferente: se reconocería renovadora a la vez que incorporaba a los ortodoxos y cooptaba de manera concertada a ciertos renovadores del gobierno previo. Todo ello, conjugado con vínculos establecidos entre las élites partidarias provinciales, nacionales y locales, habría fortalecido al PJ. Ese pasaje de la exclusión del adversario a la concertación de líneas internas y hasta con partidos minoritarios, desprendidos del peronismo o externos a él, habría derivado en la consolidación de un liderazgo político provincial que, hasta volver a ser desafiado, parecía imbatible. En esa dinámica permanente propia de una maquinaria política que nunca termina de cristalizar es posible que radique otra de las explicaciones sobre la permanencia del peronismo en el gobierno provincial.

Las elecciones de gobernador en la provincia de Buenos Aires

Los porcentajes de votos obtenidos por los distintos partidos y coaliciones en las cinco convocatorias a elección de gobernador que se sucedieron entre 1983 y 2001 (Tabla 1) ratifican al peronismo como partido predominante.

Tabla 1. Elecciones de gobernador de la provincia de Buenos Aires, 1983-1991 (% de votos positivos)

Nº de Orden	1983		1987		1991		1995		1999	
	Partido	%	Partido/ Coalición	%						
1º	UCR	52	FREJURE	46,5	FREJUFE	46,3	FREJUFE	56,7	Alianza	41,4
2º	PJ	39,6	UCR	39,7	UCR	23,5	FREPASO	21	Concertación Justicialista	37,4
3º	PI	4,2	Alianza de Centro	4,8	MODIN	10	UCR	17,3	Unidad Bonaerense	7,8
Otros		4,2		9,0		20,2		5,0		13,9
Total		100		100		100		100		100

Fuente: Provincia de Buenos Aires, Junta Electoral, “Actas electorales”, 1983-1999. La Plata, Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires “Ricardo Levene”) (CD)

En efecto, en el período estudiado, después de acceder al gobierno provincial en 1987, el PJ nunca volvió a ser apartado de él. Además de triunfar en esas convocatorias, el peronismo se expandió territorialmente hasta predominar en cada uno de los partidos de la provincia en 1995 para retraerse nuevamente en 1999 sin por ello perder la gobernación.

A los fines de la exposición resultó útil organizar las respuestas en tres momentos teniendo en cuenta las relaciones establecidas en la configuración de poder peronista.

1982-1988. Denegación de la legitimidad del adversario y exclusiones mutuas

Durante este período se sucedieron dos conducciones en el PJB que tenían como referentes, una a Herminio Iglesias, y la otra a Antonio Cafiero. Pese a sus remarcables diferencias en cuanto a su composición y propuesta, se asemejaron en lo referido a la denegación de legitimidad y exclusión del adversario interno.

Las diferencias no siempre fueron tan marcadas, pero se hicieron notar durante la elección de las candidaturas y, muy especialmente, después de la derrota electoral de 1983. Cuando después del fracaso en la guerra de Malvinas el gobierno militar dio por terminada la veda política, el peronismo bonaerense remontó su organización con dificultades. No tenía autoridades electas legítimamente que pudieran retomar la situación previa al golpe de Estado, porque desde 1975, un año después de la muerte de Perón, se hallaba intervenido. Por entonces, la conducción nacional “verticalista” –es decir, la que respondía a “Isabel” Perón, presidenta del Movimiento Nacional Justicialista (MNJ)– había enviado una intervención partidaria para sofocar a sus opositores “antiverticalistas”, una amalgama circunstancial de elementos de izquierda y de derecha, integrantes de las ramas sindical, partidaria, femenina y juvenil, unidos por el cuestionamiento a la dirigencia nacional del movimiento. La dictadura congeló la actividad político-partidaria y, terrorismo de Estado mediante, terminó de diezmar a los cuadros de izquierda y centroizquierda del conflictivo peronismo, previamente purgados por la ultraderecha del propio movimiento (Novaro y Palermo, 1996).

De manera que al iniciarse la apertura democrática, antes de emprender la reorganización partidaria exigida para la presentación a elecciones, la conducción del PJB fue asumida por una Junta reorganizadora conformada por quienes antes de la intervención de 1975 integraban su coalición dominante: los sindicalistas de los grandes gremios metalúrgicos. Esa conducción fue encabezada por Herminio Iglesias, un hombre de derechas, que durante el congelamiento de la actividad político-partidaria se había sostenido como secretario general del movimiento en el orden nacional; su liderazgo combinaba apoyos gremiales, lealtades de extenso alcance territorial, acuerdos con otros dirigentes del partido, vínculos con participantes en el régimen militar en retirada. Iglesias, usando un estilo coercitivo, prepotente e intimidatorio, construyó y encabezó la lista Azul desde cuya conducción compitió por la conducción del partido hasta imponerse como presidente del Consejo provincial y, después de elecciones que consagraron a una mayoría de sus seguidores, fue seleccionado como candidato a gobernador por ese Congreso en elecciones internas indirectas de las que participaron cinco listas (Ferrari, 2009). Iglesias encarnaba un perfil aceptado por buena parte del peronismo:

A Herminio Iglesias se lo demoniza por sus modales más que nada y por un método que, digamos, en realidad en la Argentina y en el peronismo había funcionado (...) que a veces rayaba con el autoritarismo (...) Pero en realidad mi visión de aquel momento, ideológica, era que Herminio Iglesias respetaba y promovía el criterio del movimientismo, que era un criterio –que es, porque todavía está en vigencia– revolucionario en la Argentina, que impone Perón, que es la articulación de distintos sectores de la sociedad. No sólo circunscribe todo al criterio partidocrático liberal, de que todo se desenvuelve a través de un partido político; no. Se lo plantea con un sentido mucho más amplio y articula a grandes sectores de la sociedad. De hecho, en el movimiento peronista, siempre ha habido distintos sectores de la sociedad: desde los empresarios, los trabajadores, los estudiantes y se articulaba en este proyecto común. En cambio, la renovación de Cafiero en aquel momento planteaba fundamentalmente un ingreso muy fuerte a lo que yo creo que sería una partidocracia casi, diría yo, el *establishment* de la política (D)⁵.

Por esas condiciones Iglesias era aceptado por buena parte de los militantes del partido, en especial –pero no solamente– por quienes se ubicaban más a la derecha. Su imagen era confrontada con la de Antonio Cafiero, un peronista “de la primera hora”, de nutrida trayectoria en cargos partidarios y de gobierno, perteneciente a la rama política del MNJ pero con fuertes vínculos en el sector sindical –en especial, con la muy poderosa Unión Obrera Metalúrgica dirigida por Lorenzo Miguel. En 1982 Cafiero había fundado el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO) desde el cual proponía institucionalizar y democratizar al partido mediante la selección de dirigentes por elección interna y el debate de ideas. Desde esa plataforma intentó proyectarse como candidato presidencial pero no lo consiguió y a último momento se nominó como precandidato a la gobernación por la Lista Celeste. Compitió sin haber afianzado sus redes políticas, cuando su principal adversario había asegurado las suyas, y perdió.

5 De la entrevista realizada por la autora a un ex diputado provincial por la 5ª sección electoral, en Mar del Plata, 25/5/2012.

Herminio Iglesias fue electo candidato a gobernador por el voto de un congreso provincial justicialista normalizado a mediados de agosto de 1983 a través de elecciones directas de los afiliados, en el que sus seguidores eran mayoría. No obstante las presiones de quienes, como Lorenzo Miguel, le pedían que resignara su precandidatura y cediera su posición –y los votos de “sus” congresales– a Cafiero, Iglesias triunfó en elecciones internas legales y legítimas. Luego, acordó con sus adversarios de la víspera, pero nunca con los de la lista encabezada por Antonio Cafiero, cuyos miembros quedaron completamente excluidos.

Algunos dirigentes peronistas de primera línea, concedores de la situación provincial, advirtieron que con esa candidatura los no enrolados decididamente en el peronismo y los nuevos votantes se inclinarían a favor de otros partidos⁶. Aun así, el conjunto de los peronistas daba por segura la victoria ya que el PJ nunca había perdido en elecciones libres de toda proscripción. Poco antes de las elecciones el mismo Cafiero anunciaba que el peronismo iba a “reventar las urnas” con el 50% de los votos⁷.

Se equivocaron. En una elección traccionada por el candidato presidencial de la UCR, Raúl Alfonsín, el justicialismo perdió hasta en la provincia de Buenos Aires, donde no se esperaba el triunfo radical. Ante el electorado, el PJB conservaba una estructura autoritaria que respondía mal al consenso democrático (Romero, 1994), al respeto por los valores democráticos y el pluralismo. Iglesias, un candidato a contracorriente, no solo perdió la gobernación, sino que en su distrito obtuvo menos votos que el candidato presidencial de su partido, Ítalo Luder, quien había alcanzado el 42,23% de los sufragios.

El impacto provocado por la derrota fue remontado lentamente. Entre diciembre de 1983 y febrero de 1984 el peronismo enfrentó en el parlamento nacional un proyecto de ley sindical que ponía en riesgo su supremacía en las organizaciones obreras y logró hacerlo naufragar. Solo posteriormente estuvo en condiciones de hacer un

6 M. Carrasco Quintana, “Un cono de sombras en el justicialismo bonaerense”, *La Nación*, 17/7/1983.

7 *Clarín*, 29/10/1983. Cf. la trayectoria de este dirigente en Cafiero, 2007.

balance de las elecciones. En abril de 1984, Cafiero realizó una auto-crítica pública bajo el elocuente título de “En qué nos equivocamos” en la cual proponía superar “la riña por los espacios” a través de “la lucha por la idea”⁸. Explicaba que el peronismo había perdido injustamente en la medida en que había sido el artífice de las luchas y los logros sociales de la segunda mitad del siglo XX. Pero los candidatos aferrados a un modo “patotero” de hacer política se habían afianzado en ciertos lugares de poder en lugar de realizar propuestas convincentes para el pueblo. Allí comenzó una nueva exclusión del adversario interno, la estigmatización de los “mariscales de la derrota”.

A finales de ese año comenzó a gestarse la Renovación peronista, hija de aquella derrota, que tuvo en Cafiero a su principal referente en la provincia de Buenos Aires. Esta corriente interna de corta duración fue identificada como el intento más serio de democratización del peronismo (De Ípola, 1987). Considerada a partir de sus componentes discursivos, aún hoy se afirma que la Renovación se diferenció de la “ortodoxia” por introducir en el peronismo “pluralismo político, democracia competitiva, integración al sistema de partidos, distanciamiento con el verticalismo, valores progresistas”; también del alfonsinismo, porque reivindicaba la “concepción nacional-popular peronista, la justicia social, el movimiento obrero como columna vertebral del peronismo” (Palermo, 2014: 113-114). Esa visión recupera el contenido de un discurso elaborado para dotar de identidad a esta corriente, pero empaña el alcance de la Renovación a nivel de organización nacional y de prácticas políticas. Esas diferencias fueron construidas sobre todo por los miembros del *staff* de la revista *Unidos* que aportaba sustento ideológico al caferismo (Brachetta, 2007).

Sin embargo, el abanico de dirigentes que se autorrepresentaba como renovador era más heterogéneo e ideológicamente menos definido, tal como lo demuestran los estudios de casos subnacionales (Ferrari y Mellado, 2016). Sus coincidencias se limitaban a lograr el voto directo del afiliado y la elección por distrito único y, en cuanto a la organización partidaria se refiere, resulta indiscutible que ambas herramientas destinadas a democratizar el partido eran, a la vez, ins-

8 “En qué nos equivocamos”. *Clarín*, 11/4/1984.

trumentales para desplazar a los “mariscales de la derrota”, a quienes pronto se estigmatizó como “ortodoxos”. En efecto, la Renovación logró relegar a la dirigencia previa y devolverle competitividad a un PJ que democratizó su vida interna a la vez que alcanzó mayor ascendiente en los sectores medios que se sumaron al tradicional electorado peronista, reclutado en el segmento de trabajadores e integrantes de los sectores populares. Pero, al igual que sus adversarios ortodoxos, también procesó el conflicto interno a través de la deslegitimación y la exclusión.

Después de la derrota Iglesias amenazó con renunciar a la conducción, pero rápidamente redobló esfuerzos para perpetuarse. En octubre de 1984 convocó a un congreso en el club Wilson de Valentín Alsina y logró modificar la carta orgánica del PJB para posibilitar su continuidad como presidente del consejo partidario provincial durante seis años más. Tres días después, los descontentos constituyeron la Mesa de Unidad del MNJ de la provincia de Buenos Aires, con participación de integrantes del caferismo, de Intransigencia y Movilización –una línea interna nutrida por ex militantes de la izquierda peronista–, la Juventud Peronista “Unidad” y algunos independientes. Intentaban ofrecer una “alternativa programática” y desarrollar una gran campaña de movilización de los afiliados para exigir la inmediata renovación de las autoridades partidarias a través del voto directo⁹.

El 15 de diciembre sesionó un congreso nacional partidario en el Teatro Odeón de la Capital Federal para elegir a las autoridades del MNJ. Después de expulsar a quienes cuestionaban a la conducción, ese órgano confirmó en ella a los “ortodoxos”. En respuesta, los expulsados del cónclave convocaron su propio congreso en Río Hondo (Santiago del Estero) en febrero de 1985. Asistieron a él gobernadores peronistas, los mejor posicionados para encabezar el enfrentamiento con la conducción partidaria dado que contaban con la legitimidad otorgada por los votos de sus respectivas provincias en tiempos adversos al justicialismo (Ivancich, 2004). Pero algunos asistentes estaban lejos de adherir al prolijo ideario atribuido a quienes a partir de esa reunión comenzaron a identificarse como “renovadores”. Allí se reu-

9 J. A. Díaz, “Los peronistas contra Perón”. *El Periodista*, Año 1, Nº 5, octubre 1984, p. 52.

nieron dirigentes de muy variada procedencia geográfica, experiencia política y edad. Había peronistas moderados, integrantes del MUSO, elementos de izquierda o centroizquierda y caudillos tradicionales de provincia –entre ellos, el gobernador anfitrión, Carlos Juárez. Se constituyó una mesa de conducción que ratificó los criterios adoptados por la de la provincia de Buenos Aires y se dispuso la intervención del PJB.

Iglesias la desconoció y durante algún tiempo hubo una doble conducción: la suya y la del interventor santiagueño Luis Salim, hasta que sus coincidencias los llevaron a fusionarse, reforzando el poder del primero. Con posterioridad, en un nuevo intento de unidad, los renovadores asistieron al congreso nacional de La Pampa (julio de 1985), donde fueron desconocidas las credenciales de numerosos de sus dirigentes, que resultaron expulsados de hecho. Fue electa una conducción presidida por el catamarqueño Vicente Saadi quien, pese a ser dirigente de Intransigencia y Movilización, acordó con los ortodoxos¹⁰. Iglesias volvió a ser electo secretario general.

Consolidado, nunca abrió elecciones internas en la provincia de Buenos Aires, ante lo cual los renovadores presentaron una lista alternativa en las elecciones legislativas de noviembre de 1985: el Frente Justicialista para la Democracia y la Participación (FREJUDEPA) del que participaban la Democracia Cristiana, el Partido de Izquierda Nacional, la Unión Popular y el Socialismo Auténtico. Cafiero encabezó la lista de diputados nacionales, mayoritariamente justicialista. Llegados los comicios, la UCR volvió a triunfar (41% de los votos), pero el FREJUDEPA venció al FREJULI de Iglesias (27% y 10% de los sufragios respectivamente), en esa especie de “interna abierta” que marcó el comienzo del fin del herminismo.

Las repercusiones fueron varias. Estimularon a la Renovación triunfante que procuró capitalizar el impulso ganador. En primer lugar, se institucionalizó. En diciembre elaboró su documento fundacional en el que recuperaba la tradición revolucionaria del peronismo, se autorrepresentaba como una fuerza democrática real que

10 Juan José Zanola, dirigente sindical bancario, expresó: “Saadi tenía dos manos, una izquierda y una derecha, pensaba para los dos lados”. De la entrevista realizada en Buenos Aires el 30/10/2007. Red de Archivos Orales, IIGG, UBA.

enarbolaba la bandera de la justicia social –a diferencia de la que denominaban democracia formal del radicalismo– y, para marcar diferencias con el proyecto presidencial, rechazaba el tercer movimiento histórico al que –en su lectura– había convocado Alfonsín, por considerarlo un convite a someter al peronismo¹¹. Además, designó a sus referentes nacionales, el gobernador riojano Carlos Menem, el diputado nacional electo Antonio Cafiero y el presidente del consejo justicialista de Capital Federal, Carlos Grosso. En esa terna de pares, la prelación favorecía a Menem porque ejercía el cargo de gobernador desde 1983.

En la provincia de Buenos Aires, la Renovación fue conducida por una comisión integrada por los once diputados nacionales electos en 1985, encabezados por Cafiero, tres intendentes (Eduardo Duhalde, de Lomas de Zamora; Remigio López, de General Sarmiento y Julio Carpinetti, de Florencio Varela) y tres dirigentes pertenecientes a las secciones 2^a, 8^a y 6^a, para equiparar la representación del interior. Acordaron en normalizar los distritos intervenidos por voto directo de los afiliados, aplicar la representación de mayorías y minorías y considerar a la provincia como distrito único en las internas sucesivas.

Ante el avance renovador, el CNJ vislumbraba su desplazamiento futuro. Sus integrantes pretendían construir una salida honrosa que les permitiera volver a constituirse en una alternativa político-partidaria. Como muestra de autodepuración, comenzaron por desplazar a Iglesias de la secretaría general del Consejo y de la presidencia del PJB. Al quedar acéfalo, este partido fue intervenido, sin dar lugar a la propuesta de los renovadores bonaerenses de designar una terna de interventores partidarios; en su lugar, el órgano central partidario envió a Julio Mera Figueroa, un dirigente salteño que había militado en Intransigencia y Movilización al igual que Saadi, de quien era estrecho colaborador¹². El objetivo explícito de la intervención era

11 Documento fundacional de la Renovación peronista. Buenos Aires, 21/12/1985 (Cafiero, 2007: 103-111).

12 Mera Figueroa era un ex militante de la JP. Ubicado a la izquierda del espectro partidario, entre 1973 y 1976 fue asesor del ex presidente Héctor J. Cámpora y del diputado nacional Juan Manuel Abal Medina. Durante la dictadura estuvo en prisión durante tres años, luego se exilió y a su regreso comenzó a operar políticamente

normalizar al partido mediante elecciones, previo diálogo con todos los sectores internos para reformar la carta orgánica con consenso; también resolver acerca de la representación de mayorías y minorías y el voto directo. Todo esto se alcanzó, más allá de otras consecuencias que se analizarán más adelante.

Los comicios internos del PJB previstos para marzo fueron demorados hasta noviembre, aludiendo a razones de orden técnico y financiero. El proceso se dio en tres tiempos. Comenzó con las elecciones de autoridades partidarias por voto directo de los afiliados, en virtud de las cuales Cafiero fue consagrado presidente del Consejo Provincial Justicialista y su lista obtuvo la mayoría de los consejeros; la minoría quedó en manos de Federalismo y Liberación, una línea interna que en el orden nacional respondía al gobernador de La Rioja. En enero de 1987, por aclamación, se eligió a Cafiero como candidato a gobernador y para vicegobernador a Luis Macaya, dirigente de Tandil, hijo de productores rurales, atractivo para disputar el voto del sector agropecuario siempre esquivo al peronismo. Duhalde, que tenía aspiraciones para ocupar esa posición, la resignó ante la promesa de encabezar la lista de diputados nacionales. Finalmente, en abril de 1987, fueron elegidos por voto directo los candidatos a legisladores provinciales, intendentes y concejales¹³. La Renovación, en su versión cafierista, fue mayoritaria y no estuvo dispuesta a negociar con la “ortodoxia”.

Cuando se acercaban las elecciones de gobernador, el contexto favorecía al peronismo. El acuerdo de precios de 1985 (Plan Austral) se había resquebrajado, las presiones sindicales se manifestaban en una seguidilla de paros generales y la crisis militar de Semana Santa de 1987 derivó en la sanción de la ley de “obediencia debida” que no conformó a los militares, a los organismos de derechos humanos ni a los segmentos de la población que se identificaban con unos u otros. La adversidad enfrentada por el gobierno nacional arrastraba al bonaerense, que añadía sus limitaciones para dar solución a pro-

junto al caudillo catamarqueño Vicente L. Saadi. *Clarín*, 5/5/2002; *Página12*, 5/5/2002; *La Nación*, 5/5/2002.

13 *El Día*, 6/1 y 17/2/1987. *La Capital*, 26/4/87.

blemas específicos, entre los cuales sobresalía la cesión de un porcentaje de la coparticipación federal. A su vez, la UCR atravesaba profundas escisiones internas, solo zanjadas por acuerdos preelectorales (Ollier, 2010).

Durante la campaña electoral el peronismo exhibió las transformaciones asumidas, argumentó a favor de los valores democráticos y se lanzó a competir por el voto de las clases medias, tradicionalmente “territorio de caza” (Panebianco, 1982) de la UCR, a las que el PJ pretendía sumar a sus votantes de los sectores populares. Cafiero y su equipo de campaña –en el que se introdujo como novedad la participación de semiólogos, politólogos y sociólogos– mantuvieron elementos del folklore partidario (lanzamiento en La Matanza, discurso estatizante) pero introdujeron otros, disruptivos. Los actos masivos fueron reemplazados por charlas y participación del candidato en encuentros deportivos. También se organizó el primer debate televisivo donde confrontó con el candidato radical, Juan Manuel Casella, del que el primero salió airoso. Finalmente, recorrió 70 km del GBA en el “cafieromóvil” tomando contacto directo con la población, en lo que se dio a llamar la “caravana de la esperanza” (Fabris, 2006). La campaña terminó por inclinar la balanza a favor de la fórmula Cafiero-Macaya¹⁴.

En la época se manejaba una previsión. Cafiero era gobernador del principal estado subnacional del país, presidente del Consejo provincial justicialista bonaerense y, a partir de enero de 1988, fue electo presidente del CNJ. Era esperable que fuera consagrado candidato a presidente de la República y, dado el deterioro del poder de la UCR en el gobierno, asumiera la presidencia en 1989. Sin embargo, Menem, renovador de la primera hora, su flamante vicepresidente en la conducción nacional, le disputó con éxito el “premio mayor”. Y en ello incidió la exclusión de la ortodoxia mantenida por Cafiero.

14 En esa convocatoria la UCR solo conservó las gobernaciones de Córdoba y Río Negro y obtuvo la mayoría parlamentaria en esas provincias y en Capital Federal.

1987-1991. Tiempos de concertación

Independientemente de la valoración del ideario sostenido por los renovadores, el armado de poder caferista fue tan excluyente del adversario político como el de sus antecesores. Generó profundas tensiones que derivaron en la emergencia de una oposición en el interior de la propia corriente que capitalizó el malestar de los excluidos, la cual se conjugó con las expectativas de la conducción nacional partidaria y las ambiciones presidenciales de Menem. Lo que parecía un triunfo seguro para Cafero derivó en una caída estrepitosa. Un momento clave en ese giro, que pasó desapercibido a las interpretaciones de ese proceso, fue la intervención del PJB.

En efecto, más allá del objetivo explícito de normalización partidaria, Mera Figueroa había sido enviado por una conducción que, ante la victoria de la Renovación sobre la ortodoxia en 1985, intuía que sería desplazada de esa posición, y pretendía dejar las puertas abiertas para una futura reconstitución. Para ello, tener arraigo en la provincia de Buenos Aires resultaba imprescindible. La dilación del cronograma electoral resultó estratégica en ese sentido porque permitió aglutinar a los excluidos que habían quedado en disponibilidad tras la caída de Iglesias, con independientes que antes habían pertenecido a las listas que en 1983 eran opositoras y luego negociaron con Iglesias y algunos intendentes del conurbano. Además, el paso del tiempo contribuyó a generar cierta indisciplina entre los renovadores. El intendente de Lomas de Zamora, Eduardo Duhalde, y el de Florencio Varela, Julio Carpinetti, integraron una línea en las secciones 1ª y 3ª, “Unidad y Renovación”, desde la que se proyectaron al resto de la provincia, en especial a su capital, La Plata.

También durante esta intervención se produjo un “desembarco inesperado” en el distrito. En un acto de la Renovación realizado en Mar del Plata en febrero de 1986, algunos militantes de la corriente identificada como “Federalismo y Liberación” enarbolaron la leyenda “Menem presidente”. De allí en más, creció la presencia de los seguidores del gobernador riojano –muy vinculado política, personal y geográficamente a Saadi y a Mera Figueroa–, que necesitaba arraigar en la provincia de Buenos Aires para tener éxito en sus aspiraciones,

que venía proclamando desde 1985¹⁵. Durante el transcurso de 1986, año de la intervención partidaria, Menem desplegó una estrategia *catch all*. Inicialmente adhirieron sindicatos menores (gastronómicos conducidos por Luis Barrionuevo, el Sindicato Obrero de la Industria Pesquera, conducido por Abdul Saravia en Mar del Plata), algún periodista/locutor (Juan Carlos Rousselot), pero luego sedujo a los poderosos intendentes de La Matanza (Federico Russo), Lanús (Manuel Quindimil), Berazategui (Antonio Ramón), Berisso (Carlos Nazar) y Moreno (Héctor Ibáñez), aunque sin garantía de compromiso electoral. Atrajo a buena parte del desmembrado aparato herminista. Fue elogiado por Diego Ibáñez, presidente del bloque peronista de diputados nacionales, secretario general del sindicato de petroleros (SUPE) y enemigo confeso de Cafiero; logró el apoyo de ultraderechistas, de algunos independientes y hasta del mismo Iglesias¹⁶.

En suma, el tiempo de la intervención de Mera Figueroa fue crucial para desacelerar el impulso renovador, aglutinar las fuerzas de los excluidos por el caferismo, estimular acciones centrípetas en el interior de la Renovación y habilitar el desembarco de Federalismo y Liberación, que se benefició de todo ello.

Por su parte, Menem se exhibía como una figura nacional que devolvía al peronismo su faz popular, movimientista, atrayendo al electorado con su imagen de hombre del interior profundo, cercano al “pueblo”. Su liderazgo en La Rioja era indiscutido y su nombre, sinónimo de peronismo. Una vez alcanzada la gobernación retuvo el favor de la población poniendo en práctica su lema de “gobernar es dar trabajo” (en la administración pública); atrajo a anteriores adversarios internos y elementos de la democracia cristiana (Alvarez Gómez, 2013); estableció un buen diálogo con el presidente Alfonsín que redundó en un incremento de los fondos de coparticipación; construyó redes con dirigentes de otros distritos (Mellado, 2016; Closa, 2016).

15 Para algunos militantes, esto formó parte de una dinámica congruente del sector de Intransigencia y Movilización que participó de la intervención y hasta les generó cierta prevención porque veían en esa línea interna un vínculo con la estructura de Montoneros de los años setenta.

16 *El Día*, 16/4, 21/7/1986; *La Nación*, 10 y 19/7/1986.

La provincia de Buenos Aires no fue ajena a ello. La cooptación llevada a cabo por Mera Figueroa y Menem fue fundamental, casi tanto como la exclusión practicada por Cafiero. Duhalde –intendente de Lomas de Zamora, antiherminista de la primera hora, luego renovador– había desafiado a Cafiero al apoyar una lista interna en la ciudad de La Plata, en contra de la que este sostenía¹⁷; también había concurrido, igual que Menem, al congreso partidario organizado en Tucumán por la conducción saadista que el resto de la Renovación había impugnado. Cafiero, como respuesta, en 1987 impidió su acceso a la vicegobernación aludiendo a la necesidad de completar la fórmula que encabezaba con un dirigente del interior y, posteriormente, lo desplazó del primer lugar de la lista de diputados nacionales al segundo, con lo cual asumiría el cargo con menos honores.

Después de acusar el golpe, Duhalde capitalizó positivamente esa situación (Ferrari, 2013). Una vez electo diputado nacional, “dueño” de un 20% del padrón provincial (López Echagüe, 2001), fue invitado por Menem para secundarlo en la precandidatura presidencial y, cuando se decidió, resultó un artífice fundamental en la coalición menemista. Abogado de formación, militante del gremio municipal, el ejercicio de la intendencia de Lomas de Zamora (1974-1976; 1983-1987), le proporcionó un profundo conocimiento del territorio del conurbano y de las prácticas para movilizar a su favor a un electorado cuyo apoyo resultaba –y resulta– fundamental para ganar elecciones¹⁸. El reconocimiento de títulos a ocupantes de tierras marginales de su municipio fue una de las que le dio mayor reconocimiento. Durante su segunda gestión, a la que accedió por escasa diferencia de sufragios, desplegó una probada habilidad para negociar con los adversarios políticos radicales: aseguró equilibrios en el concejo deliberante, frenó posibles avances de los opositores sobre el territorio que

17 Sobre la campaña en La Plata, *El Día*, 20 y 21/3/1987. Sobre Federalismo y Liberación, *El Día*, 18/1 y 7/2/1987.

18 En 1973 había sido elegido 4° concejal de la lista. Por denuncias de malversación de fondos, el intendente electo fue removido de su cargo. Ocupó el cargo el primer concejal, de la derecha peronista, y luego el segundo, de la izquierda del partido, sobre quienes recayó sucesivamente el mismo tipo de denuncias. Para evitar una impugnación entre una y otra corriente interna, se designó a Duhalde, que era aceptado por ambas (Ferrari, 2013).

consideraba propio y de los peronistas sobre los municipios vecinos que se encontraban en manos de los adversarios; también coordinó a los dirigentes peronistas para superar la situación de “empate” inicial organizando una agrupación desde la cual construir poder y expandirlo (Ossona, 2011). Asimismo, logró el reconocimiento de sus pares, los intendentes peronistas, a los que representó ante el gobierno provincial como portavoz de la Liga de Intendentes peronistas, que multiplicaba la capacidad de presión de estos ediles sobre el oficialismo radical.

Otro elemento que contribuyó en su proyección fue su actuación en la interna partidaria provincial desde 1983. Fue el primero en exigir las elecciones directas a Iglesias. Revistó en las filas de la Renovación desde el primer momento, aunque siempre cultivó la unidad peronista. Su lista de las secciones 1ª y 3ª “Unidad y Renovación” –nótese el orden de prelación– atrajo a dirigentes, aglutinó agrupaciones para combinar esfuerzos y lograr adhesiones y le permitió destacarse como armador político. La invocada unidad y el respeto al compañero nutrieron su retórica a la hora de reclutar adhesiones de afiliados, militantes y, más aún, dirigentes sindicales. Reiteró ese estilo durante la interna por la candidatura presidencial mientras el compañero de fórmula de Cafero, el cordobés José Manuel de la Sota, denostaba a la poderosa vieja guardia sindical y profundizaba sus diferencias con la ortodoxia.

Finalmente es destacable la manera en que Duhalde se sumergió en la campaña electoral interna. Logró unificar distintas listas que se decían menemistas pero competían entre sí. Supervisó los detalles de las caravanas de campaña y el acto de cierre en la cancha de River Plate, al que concurrieron más de 60.000 asistentes, la mayoría de los cuales provenía de la 3ª sección electoral donde “sus” hombres habían contratado 2000 micros para su traslado¹⁹.

El 9 de julio de 1988 los resultados electorales compensaron tanta actividad. El 53,4% de los peronistas que votaron en el país, eligió la fórmula Menem-Duhalde. En la provincia de Buenos Aires, triunfaron por 233.139 votos contra 228.379. Las ventajas más apreciables

¹⁹ *Clarín*, 25/6/1988.

se concentraron en La Matanza, Morón y Lomas de Zamora²⁰. Los resultados quitaron legitimidad al liderazgo de Cafiero sobre el partido y eclipsaron su gobierno a menos de un año de asumirlo (Cafiero, 2011: 463).

El crítico contexto hiperinflacionario derivó en el adelanto de las elecciones generales. El 14 de mayo de 1989, los candidatos del Frente Justicialista de Unidad Popular (FREJUPO) resultaron electos presidente y vicepresidente de la República con el 47,49% de los votos de todo el país. La fórmula Menem-Duhalde asumía el ejecutivo nacional.

Cafiero fracasó en un nuevo intento, lo que socavó aún más su posición como gobernador. En un clima favorable a las reformas constitucionales propuso la de la provincia de Buenos Aires, que suponía la posibilidad de reelección del titular del poder ejecutivo además de la adopción de medidas de descentralización administrativa, defensa de las autonomías municipales y respeto por el regionalismo. Consideraba la función social de la propiedad privada y al Estado como agente de justicia social. Tras ser aprobada por la Asamblea legislativa, con apoyo del radicalismo, la reforma fue malograda cuando en el plebiscito del 5 de agosto de 1990 recibió el 67,2% de votos de la ciudadanía en contra. En esa decisión habrían incidido los medios de comunicación que se oponían a la reelección, pero también el accionar de Duhalde, quien trabajaba solapadamente por el “no”, dispuesto a ocupar el primer plano en la política provincial (Cafiero, 2011: 463). También es cierto que el justicialismo se encontraba dividido respecto de la oportunidad de la reforma y los principales opositores eran los “rojo punzó”, menemistas a ultranza²¹. Ya sin oportunidad de reelección ni poder suficiente, Cafiero renunció a la conducción del CNJ y se concentró en el gobierno provincial.

Dos años después, Duhalde abandonó la vicepresidencia para sucederlo. Desde 1989 aparecía como el intermediario “natural” entre la política nacional y la provincial. A su capital político previo sumaba la condición de vicepresidente del gobierno que en 1991 había con-

20 *Clarín*, 10/7/1988.

21 *La Capital*, 3/9/1989.

trolado la hiperinflación, comenzaba a “resolver” la cuestión militar indultos mediante, propiciaba la reforma del Estado elefantiásico por la que se bregaba desde mediados de los años ochenta. Menem se apresuró a declararlo candidato a gobernador en marzo de ese año, lo que –a su vez– le permitía desplazarlo como rival político. La candidatura de Duhalde fue sostenida por su línea interna que se había convertido en la Liga Federal y por la Liga Peronista Bonaerense (LI-PEBO) liderada por Cafiero, quien al carecer de fuerzas para imponer la sucesión intentó negociar la permanencia de sus militantes.

Antonio Cafiero pierde la posibilidad de ser reelecto. (...) Entonces dijo “Bueno, ahora es Duhalde, porque es el único –luego del desgaste y de la pelea y de que a mí me haya dicho la gente que no en mi provincia–, ahora el único que queda con conocimiento público como para poder ser candidato a gobernador de esta provincia, es Duhalde” (...) Él nos mandó jugar (...) Y nosotros jugamos como LI-PEBO (S)²².

A su vez Duhalde, que había operado contra Cafiero en el plebiscito de la reforma constitucional²³, buscó su apoyo para diferenciarse del menemismo y desplazar a los “rojo punzó”. Sin embargo, no aceptó inmediatamente la candidatura (Ollier, 2010) y durante ese período negoció con el gobierno nacional la cesión a la provincia de un ingreso extraordinario destinado a compensar la disminución de la coparticipación federal. También reforzó sus vínculos con los sindicalistas de la UOM. Una vez que tomó la decisión, habiendo asegurado apoyos de unos y otros, se lo comunicó a los integrantes de la Liga de Intendentes. Y se demoró en elegir a su compañero de fórmula,

22 De la entrevista a S, ex senadora provincial por la 5ª sección electoral, realizada por la autora en Mar del Plata, 14/06/2011.

23 La reforma constitucional fue aprobada por la Asamblea legislativa, pero fracasó en el plebiscito del 5 de agosto de 1990, cuando el 67,2% del electorado bonaerense votó “no”, bajo la influencia de los medios de comunicación y de Duhalde –en versión de Cafiero (2011: 463). De acuerdo con otras versiones, el justicialismo se encontraba dividido y los principales opositores eran los “rojo punzó”, menemistas a ultranza. *La Capital*, 3/9/89. Sin oportunidad de reelección ni poder suficiente, Cafiero renunció a la conducción del CNJ.

Rafael Romá, un joven caferista de 38 años, ex intendente de la localidad de Ramallo y senador provincial, ministro de Acción Social de la provincia (15/7/1989 al 10/7/1991), responsable de los planes sociales Huerta y PAIS. Era una fórmula renovadora en esencia, aunque nutrida por distintas vertientes.

Por primera vez el peronismo fue a elecciones internas directas para decidir la candidatura a gobernador. Es decir, recién en esta instancia se alcanzó por completo el objetivo de la Renovación. La fórmula Duhalde-Romá obtuvo el 82% de los votos, imponiéndose sobre otras dos muy minoritarias, cuyos candidatos fueron absorbidos rápidamente por la coalición. A la Liga Federal y la Lipebo se sumaron la Democracia Cristiana y la CGT Azopardo, convirtiéndose al Frente Justicialista Federal (FREJUFE) en una fuerza inexpugnable (Novaro y Palermo, 1997: 438) en la medida en que controlaba bases territoriales y sindicales, sumaba cuadros político-técnicos del caferismo y un partido político minoritario de centro izquierda. En la campaña previa a los comicios del 8 de septiembre, Duhalde se diferenció de Menem identificándose como peronista renovador con apego a la tradición partidaria²⁴; también de Cafiero, al prometer una administración eficiente respaldada por los recursos necesarios para llevar a cabo obras públicas de magnitud. En la campaña preelectoral estuvo tan atento a las encuestas de opinión como al contacto directo con las barriadas del conurbano. También se vinculó con sectores de la dirigencia católica, empresarios y corporaciones. Llegadas las elecciones, triunfó holgadamente sobre el resto de los partidos, especialmente sobre un radicalismo que coyunturalmente superó las divisiones internas proponiendo a un candidato que había sido uno de los ministros de Economía derrotados por la hiperinflación.

La concertación de fuerzas había reemplazado a la exclusión característica del enfrentamiento entre ortodoxos y renovadores y, visto en perspectiva, aparecía como una síntesis de ambas corrientes.

²⁴ *Página 12*, 29/5/1991.

1991-2001. La consolidación de un liderazgo

Durante la década de 1990 Eduardo Duhalde consolidó su liderazgo personalista en la provincia de Buenos Aires (Svampa, 2005: 59)²⁵. La inicial cooptación de manera concertada de buena parte de los cuadros que acompañaron al gobierno precedente y la apropiación de algunos de sus proyectos que habían fracasado en su puesta en práctica debido a que coincidieron con el proceso hiperinflacionario (Ferrari, 2014) contribuyeron en ese sentido. Pero el afianzamiento de su posición de conducción supuso recurrir a otros elementos.

Ejerció sobre los díscolos intendentes del conurbano una política de premios y castigos que le permitió expandir y profundizar su poder territorial. En ello fue nodal la efectivización del acuerdo por el cual el gobierno nacional cedió el prometido 10% del impuesto a las ganancias para integrar el Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense (FRHCB), administrado por un Ente creado en mayo de 1992, que dependía directamente del poder ejecutivo. La cesión equivalía a dos millones de dólares diarios que el gobierno distribuía a discreción (Ollier, 2010). Ese fondo, vigente hasta 1997, fue destinado a la realización de obras públicas que permitieron al peronismo afirmarse como nunca antes sobre estructuras territoriales en el GBA. Con este ingreso extraordinario Duhalde satisfizo las demandas de los distritos más populosos –con fuerte gravitación electoral–, ganó fama de “hacedor” y, sobre todo, disciplinó a los “barones” del conurbano bonaerense. Mereció numerosas críticas debido al modo en que se adjudicaban las obras, a los criterios de distribución electoralistas y a la forma de asignación. También a que “el resto de la provincia era poco atendida” (O), o a que “no incluyó a Mar del Plata y a Bahía Blanca que tenían un perfil socioeconómico bastante parecido, digamos, en términos de la reparación que significaba esos fondos, en obra pública, en salud, en educación” (P)²⁶.

25 Según la autora, el liderazgo personalista es aquel que permite a un político dar respuestas a las necesidades de la población en función de su posición, no de su carisma.

26 De las entrevistas a O, convencional constituyente de la UCR por la 5ª sección electoral (1994), realizada por la autora en Mar del Plata, 2/8/2011; y a P, diputa-

Otro recurso que favoreció la consolidación del liderazgo duhaldista provino en buena medida de la instrumentalización política de sus lazos primarios. En 1987 dejó la intendencia de Lomas de Zamora en manos de un amigo personal, Hugo Toledo. Desde 1992 designó a su esposa, “Chiche” Duhalde, al frente del Consejo Provincial de la Mujer, un organismo que absorbió al Ministerio de Acción Social y al Instituto Provincial de la Vivienda. El Consejo disponía de un presupuesto cercano a los 150 millones de dólares anuales y se desplegó en especial a través del Plan Vida, una red de resolución de problemas omnipresente en los barrios más carenciados, que estaba en manos de mujeres conocidas como “manzaneras” (Auyero, 1997: 117-128).

Ya en 1993 el poder de Duhalde era indiscutido. En las internas previas a la renovación legislativa de ese año, sostuvo la lista de candidatas a diputados nacionales bonaerenses del FREJUFE, contraria a la del llamado Peronismo Peronista, apadrinada por Menem²⁷. Aunque la segunda se nutrió de dirigentes que se trasvasaron del duhaldismo, el 6 de junio los primeros triunfaron por un aplastante 92,7% y se impusieron en las ocho secciones electorales. A nivel comunal las dos fuerzas peronistas integrantes del FREJUFE, la Liga Federal y el LIPEBO y hasta algunas fracciones de la primera compitieron entre sí²⁸. Pero era claro que ningún dirigente peronista, ni siquiera Menem, podía derrotar a la máquina política duhaldista.

Otro hito importante para dar continuidad a Duhalde en el poder fue la reforma constitucional que habilitó su reelección. El 10 de abril de 1994 se llevaron a cabo las elecciones de constituyentes para reformar tanto la carta magna nacional como la provincial. En la asamblea constituyente de la provincia el PJ controló el 42% de los votos y necesitó del apoyo del Movimiento por la Dignidad Nacional (MODIN), una fuerza de derecha nacionalista liderada por el jefe del levantamiento militar de Semana Santa de 1987, para asegurar la aprobación de la cláusula que habilitaba la reelección a cambio de al-

do provincial por la 5ª sección electoral, realizada por la autora en Mar del Plata, 24/6/2011.

27 *La Capital*, 1/3/1993 y 25/4/1993.

28 *La Capital*, 7 y 8/6/93

gunos puestos en el gobierno. El MODIN introdujo la condición de someter la reforma a un plebiscito obligatorio y vinculante, que tuvo lugar a comienzos de octubre, cuando la reforma fue aprobada por el 61,5% del electorado provincial. Ese nivel de adhesiones aseguraba la reelección de Duhalde, que se produjo al año siguiente.

Su segundo gobierno fue signado por los síntomas de agotamiento que empezaba a arrojar el modelo económico neoliberal. El descontento social expresado en los nuevos movimientos sociales, las denuncias de corrupción hacia el oficialismo, incluso de la provincia de Buenos Aires, y la aparición de una coalición política que se manifestaba como alternativa básicamente desde el punto de vista de la moral política, la Alianza, pusieron en cuestión la continuidad del liderazgo duhaldista y del peronismo mismo. En ese contexto, Duhalde desplegó sus recursos de armador político negociando articulaciones con otras fuerzas políticas que permitieron retener la provincia de Buenos Aires en manos de su partido.

No tuvo el mismo éxito para alcanzar la presidencia de la nación. Lanzó tempranamente su precandidatura con lo cual colocó en guardia a Menem, que pretendía su re-reelección y, al no poder concretarlo, trabajó afanosamente contra las aspiraciones de aquel, apoyando a los adversarios de Duhalde (Palermo y Novaro, 1996). El contexto económico-social y las denuncias de corrupción explican también ese resultado. Aun así, en la provincia frenó el impulso de la Alianza después de que esta coalición hubiera triunfado en las elecciones parlamentarias de 1997. En dicha ocasión, la lista encabezada por Graciela Fernández Meijide se había impuesto con el 48,3% de los votos sobre la de la propia esposa del gobernador, “Chiche” Duhalde, que obtuvo el 41,3%. Los opositores más optimistas interpretaron esos resultados como la derrota de la poderosa estructura territorial y económica montada por el gobernador. Afirmaban que “Graciela” había arrebatado al oficialismo el distrito de mayor peso electoral del país, debido al incremento de la pobreza y la corrupción²⁹. Confían en que la experiencia se repetiría cuando esta se presentó como candidata a gobernadora en 1999, con una plataforma que proponía

29 *La Capital*, 27/10/1997; *La Nación*, 29/10/1997.

“cortar la cabeza a la corrupción” mediante el cumplimiento de la ley, la creación de fuentes de trabajo para “revertir” la exclusión social, el desarrollo de un sistema de salud basado en la solidaridad y el saneamiento de las fuerzas policiales, en el marco del mantenimiento del plan Convertibilidad³⁰.

En esa ocasión, Duhalde volvió a apostar fuerte como armador político. En las internas del PJ, realizadas el 9 de mayo, el FREJUFE se separó. Se enfrentaron listas organizadas por dirigentes conocidos. La encolumnada tras la candidatura presidencial del Duhalde propuso como candidatos a gobernador y vice a Carlos Ruckauf, el vicepresidente de la República, y Felipe Solá, ex secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca. La opositora motorizada por Cafiero, por entonces senador nacional, sostenía las candidaturas del propio Cafiero y de Federico Scarabino, intendente de Quilmes, para la gobernación y contaba con el beneplácito de Menem y de la CGT. Aunque Ruckauf era un hombre de Capital Federal, se impuso por el 78% de los votos³¹. El desafío interno a la máquina electoral más poderosa del país resultó en una nueva derrota contundente para Cafiero³².

Los candidatos peronistas bonaerenses se presentaron con el nombre de Concertación para el Cambio, dentro de la cual el PJ era secundado por fuerzas de derecha como el MID, el MODIN, el Partido Conservador Popular, el Partido Autonomista de la provincia de Buenos Aires y el Partido Popular Cristiano Bonaerense. La UCeDé, una fuerza liberal, y Acción por la República, agrupación política encolumnada tras la candidatura del ex ministro de Economía, Domingo Cavallo, no se fusionaron en la Concertación, pero articularon con esta llevando los mismos candidatos a gobernador y vice gobernador.

30 *La Capital*, 23/5, 12/8 y 25/9/99.

31 *La Capital*, 7/4/1999.

32 Esto envalentonó a Duhalde reforzar su proyecto presidencial autorrepresentándose como el candidato natural del justicialismo, lo que se confirmó cuando la interna peronista nacional consagró como fórmula presidencial a Duhalde-Ortega. *La Capital*, 10/5/99. Por entonces Adolfo Rodríguez Saá había renunciado a su precandidatura.

En las elecciones del 24 de octubre de 1999, realizadas en un contexto de descontento social creciente, en la nación y en la provincia los votos favorecieron a la Alianza. Pero en Buenos Aires la diferencia de votos obtenida por esta sobre la Concertación fue compensada con los sufragios que aportó a la fórmula gubernamental de la segunda la oportuna articulación con Acción por la República y la UCeDé, que aportó un 10.90% más de votos a la fórmula justicialista que, de ese modo, sumó el 48.34% de las adhesiones. En cambio, en la Legislatura provincial el PJ perdió la mayoría en ambas cámaras³³.

Se ha afirmado que Duhalde fue el gran perdedor de 1999 colocando el objetivo en las elecciones presidenciales. Eso es menos cierto en la provincia de Buenos Aires, donde logró mantener el predominio del peronismo cuando este partido atravesaba sus principales dificultades, desplegando su ascendente político. Dos años después, el perdedor de esa elección, en plena crisis terminal, fue seleccionado por la asamblea legislativa nacional para completar el mandato de quien lo había vencido en las presidenciales, Fernando de la Rúa.

Según pasan los años en el peronismo bonaerense. Algunas reflexiones

La permanencia del peronismo en el gobierno y su condición de partido predominante siempre dispuesto a adaptarse a nuevos cambios sigue interpelando a quienes piensan la política argentina. La indagación sobre las relaciones internas de esta compleja configuración partidaria en clave subnacional y sin perder de vista el juego entre distintas escalas de poder aporta, si no respuestas concluyentes, pistas para continuar reflexionando.

Algunas cuestiones resultan evidentes en esta lectura centrada en el modo en que los actores ejercen la política. En primer lugar, la disponibilidad de dirigentes ubicados en diferentes posiciones del arco

33 Composición de la Cámara de diputados provincial: 50 diputados de la Alianza, 41 del PJ y 1 de Unidad Bonaerense. Composición del Senado, en 24 aliancistas y 22 justicialistas.

ideológico y social es una condición que facilita la circulación de las élites dirigentes, con las que se siente identificado un conjunto amplio de la sociedad.

Segundo, la alternancia de dirigentes de distinto perfil durante el período analizado parece seguir una dinámica dialéctica. La dirigencia del PJ bonaerense que emergió en los albores de la reconstrucción democrática reflejaba la continuidad de la preeminencia sindical de las postrimerías del tercer gobierno peronista. La “ortodoxia” se vio obligada a abandonar su posición de poder al ser desplazada por otra camada de dirigentes enraizada en la rama política del movimiento y adecuada al clima de época de los años ochenta, que proponía democratizar el partido mediante la introducción de cambios tales como el voto directo del afiliado para elegir autoridades partidarias y candidatos de gobierno, los que, a la vez, resultaban instrumentales para remover a la conducción anterior. El modo de enfrentar al adversario interno utilizado por la Renovación fue similar, no obstante las diferencias planteadas: denegación de la legitimidad y exclusión. A su vez, la segunda conducción fue reemplazada por otra, también emergente de las filas renovadoras, que tanto seduciría a los ortodoxos que habían quedado marginados del poder como cooptaría a dirigentes de la renovación caferista, de la cual fue a la vez continuación y muerte. La concertación y el “respeto al compañero” –al menos, invocado en el discurso– resultaron claves para esta tercera camada que se autorrepresentó como reconstructora de la unidad del peronismo y desembocó en la construcción del liderazgo más sólido y perdurable de la provincia de Buenos Aires.

Tercero, y en relación con lo anterior, la permanencia del peronismo en la provincia en un contexto de alternancia de corrientes internas se relaciona también con el modo en que los distintos referentes del PJB se vincularon entre sí y con los de las conducciones nacionales del MNJ. La fortaleza inicial de los ortodoxos se sostuvo en una conducción del mismo tipo en el orden nacional, que fue desafiada por quienes desde comienzos de 1985 se autorrepresentaron como renovadores. Cuando quedó claro que el crecimiento de estos últimos desembocaría en el reemplazo de la conducción nacional, la dirigencia presidida por Saadi comenzó a tramitar una salida honrosa para constituirse en una alternativa de poder a futuro. Desplazó de la

presidencia del PJ bonaerense a su principal dirigente y, ante la acefalía provocada, envió una intervención que se valió de la dilación de la convocatoria a elecciones internas y recurrió a prácticas formales e informales para recomponer fuerzas entre los derrotados por Cafiero, independientes y renovadores descontentos. La gestación de esa “nueva” corriente interna también guardaba relación con la voluntad de poder de Menem, estrechamente ligado al sector que sostuvo la intervención, quien encontró en un desairado Duhalde al compañero de fórmula presidencial ideal, tanto por los recursos que movilizaba como por su dedicación al objetivo propuesto. El triunfo de ambos en la interna nacional del justicialismo no solo fue el trampolín para el acceso a la presidencia de la nación en 1989, sino que signó también el eclipse de Cafiero. Con el beneplácito del máximo representante del gobierno nacional y después de formar un frente con la corriente interna caferista, Duhalde triunfó en las elecciones a gobernador de 1991. Luego, construyó un liderazgo de posición, integrador en sus comienzos y más rígido a medida que afirmaba su poder en la gobernación gracias al apoyo político y financiero del gobierno nacional. A lo largo de sus ocho años de gobierno, Duhalde se mostró dispuesto a la negociación y al acuerdo siempre que contribuyera a su permanencia o a la de su armado político en la provincia de Buenos Aires.

La fluidez del peronismo, la circulación de dirigentes, la no cristalización de las dirigencias hasta desembocar en el liderazgo duhaldista y la adaptabilidad a circunstancias cambiantes contribuyen a explicar su perdurabilidad en el poder.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Alvarez Gómez, N. (2013). El peronismo riojano contemporáneo: análisis del momento renovador en el contexto local, desde una mirada extra-céntrica. Ponencia presentada en 1° Taller de Debate: El peronismo en la historia reciente. Dilemas del momento renovador en clave subnacional (1983-1991). Buenos Aires: UNTREF.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Bourdieu, P. (1980). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus, 1991.
- Brachetta, M. T. (2007). La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los '80. En Programa Buenos Aires de Historia Política, *Historia política.com. Biblioteca*. Presentado en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán.
- Cafiero, A. (2007). *Razones para ser peronista*. Buenos Aires: Copppal/Sudamericana.
- Cafiero, A. (2011). *Militancia sin tiempo. Mi vida en el peronismo*. Buenos Aires: Planeta.
- Calvo, E. (2013). El peronismo y la sucesión permanente: mismos votos, distintas élites. *Revista SAAP*, 7 (2), 433-440.
- Closa, G. (2016). Córdoba. En M. Ferrari y V. Mellado (eds.). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991* (pp. 177-210). Saenz Peña: EDUNTREF.
- De Ípola, E. (1987). La difícil apuesta del peronismo democrático". En J. Nun y J. C. Portantiero, *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (pp. 333-374). Buenos Aires: Puntosur.
- Fabris, M. (2006). La campaña electoral de 1987. El Justicialismo en busca de nuevos electores. En <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/fabris.pdf>.
- Ferrari, F. (2009). Entre la reorganización y la derrota. El Partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires, 1982-1983. *Estudios Sociales*, (37), 97-125.
- Ferrari, F. (2011). *Hacia la victoria*. El peronismo bonaerense de cara a las elecciones de 1987. *Iberoamérica Global*, 4 (2), 181-204.
- Ferrari, F. (2012). A constituição do menemismo na provincia de Buenos Aires. *Revista Brasileira de Ciência Política*, (8), 101-127.
- Ferrari, F. (2013). Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias (1983-1991). *Nuevo Mundo*

- Mundos Nuevos* [En línea], Cuestiones del tiempo presente, Puesto en línea el 05 abril 2013, consultado el 17 junio 2013. URL: <http://nuevo-mundo.revues.org/65243>.
- Ferrari, F. (2014). *Entre historia y memoria: la política bonaerense desde la reconstrucción democrática, 1983-2001*. En O. Barreneche (comp.). *Historia de la provincia de Buenos Aires*. vol. 5 (pp. 237-278). Buenos Aires: UNIPE/Edhasa.
- Ferrari, F. y Mellado, V. (eds.) (2016). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991*. Saenz Peña: EDUNTREF.
- Ferrari, F. y Pozzoni, M. (2014). Tensiones y conflictos en el peronismo: un análisis a través de la Legislatura bonaerense, 1973-1976. *Cahiers des Amériques Latines*, (75), 147-176.
- Gallo, A. (2007). Partidos hegemónicos y organización intrapartidaria. Un análisis comparado entre el PRI y el peronismo. *Cuestiones constitucionales*, (17), 85-113.
- Gibson, E. (2014). Elasticidades del peronismo: la década del noventa y las transformaciones del sistema de partidos en Argentina. En M. Novaro (comp.). *Peronismo y democracia. Historia y perspectivas de una relación compleja*. (pp. 123-141). Buenos Aires: Edhasa.
- Gordillo, M. (2010). *Piquetes y cacerolas. El "argentínazo" del 2001*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Halperín Donghi, T. (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- López Echagüe, H. (2001). *El otro. Eduardo Duhalde: una biografía política*. Buenos Aires: Norma.
- Malamud, A. (2004). El bipartidismo argentino: evidencias y razones de una persistencia, 1983-2003. *Colección Año X*, (15), 13-43.
- Maronese, L., Cafiero de Nazar, A. y Waisman, V. (1985). *El voto peronista '83: perfil electoral y causas de la derrota*. Buenos Aires: El Cid Editor.
- Mellado, V. (2016). Mendoza. En M. Ferrari y V. Mellado (eds.) (2016). *La Renovación peronista. Organización partidaria, liderazgos y dirigentes, 1983-1991* (pp. 41-72), Saenz Peña: EDUNTREF.
- Mustapic, A. M. (2002). Del partido peronista al partido justicialista. Las transformaciones de un partido carismático. En M. Cavarozzi y J. M. Abal Medina (eds.). *El asedio a la política* (pp. 137-162). Homo Sapiens. Rosario.

- Novaro, M. (comp.) (2014). *Peronismo y democracia. Historia y perspectivas de una relación compleja*. Buenos Aires: Edhasa.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar. 1973/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Ollier, M. (2010). *Atrapada sin salida. Buenos Aires en la política nacional (1916-2007)*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Ossona, J. (2011). “Armando el paquete”. Cultura política y producción del voto en los márgenes pobres de Lomas de Zamora durante los 80 y los 90”. En P. Pérez Branda (ed.). *Partidos y micropolítica. Investigaciones históricas sobre partidos políticos en la Argentina del siglo XX* (pp. 193-239), Mar del Plata, Ediciones Suárez, 2011.
- Ostiguy, P. (1997). Peronismo y antiperonismo. Bases socioculturales de la identidad política en la Argentina. *Revista de Ciencias Sociales*, (6), 133-215.
- Palermo, V. (2014). La Renovación Peronista. En M. Novaro (comp.). *Peronismo y democracia. Historia y perspectivas de una relación compleja*. Buenos Aires: Edhasa.
- Palermo, V. y Novaro, P. (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem* (pp. 113-122). Buenos Aires: Norma.
- Panebianco, A. (1982). *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza, 1995.
- Romero, L. A. (2006). La democracia y la sombra del proceso. En H. Quiroga y C. Tsch, *Argentina 1976-2006. Entre la sombra del proceso y el futuro de la democracia* (pp. 15-30). Rosario: Homo Sapiens.
- Rotman, S. y Varetto, C. (2012). Las tres vidas del sistema de partidos bonaerense. *Forjando*, (2), 92-105.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Torre, J. C. (1999). El peronismo como solución y como problema. En M. Novaro (comp.). *Entre el abismo y la ilusión* (pp. 41-50). Buenos Aires: Norma.